

Descansa aquí un Momento

Más que esa amable invitación que sirve de título, prendida al caso de hojear por vez primera el libro **Cantares del Camino** (1), nos obligó a detenernos en el estudio y comentario de éste, el valor objetivo, original, —para muchos tal vez ignorado—, que pronto advertimos en la labor poética del P. Luis E. Henríquez. (2)

Albricias, estimado lector, —a quien quiero contar entre los amantes de las bellas letras—; llenos de alegría, cortemos ramas del laurel simbólico y salgamos al encuentro de este nuevo y exquisito poeta que hoy entra con derecho propio, conquista

(1) **Cantares del Camino. De la vida profunda.** Por el Pbro. Luis E. Henríquez. Ediciones SIC. Editorial Venezuela, Caracas, 1942.

(2) Hemos de hacer una observación. Este ligero comentario no lo escribimos ni por encargo de la Dirección de la Revista, ni de otra persona alguna interesada. Honradamente confesamos, —y esperamos ser honradamente creídos—, que al redactar este trabajo hemos estado muy lejos de pretender hacer un elogio oportunista, y mucho menos de establecer un autoelogio doméstico entre los escritores y colaboradores de SIC. Los "Cantares del Camino" se nos han impuesto por sí mismos; nos han reclamado un comentario un poco amplio y detenido. No lo hemos hecho cual se lo merecen. Pero generosamente hemos arriesgado el que alguien nos incluya entre los **alabadores** profesionales de libros nuevos.

tando en buena lid, a ocupar puesto de honor en el parnaso venezolano.

Con qué apacible fruición sentimos deslizarse por nuestros dedos, bajo nuestros ojos, las páginas de estos **Cantares**. ¡Ya es hora, —hubimos de exclamar instintivamente—, de que aparezca un libro de poesías que satisfaga los deseos de tantos lectores cultos que ansían— según frase que le oímos a uno—, "versos que se puedan leer y entender".

No hace todavía dos meses leímos en una prestigiosa revista norteamericana, lo siguiente, a propósito de un libro de poesías recién publicado, y que viene muy a propósito aquí: "La poesía podrá tal vez parecer a algunos asunto propio para un mundo de hadas y de fantasías, más que para un mundo en estado de guerra; pero piénsese un poquito y se comprenderá que ahora, más que nunca, necesitamos preservar y fomentar los valores culturales, aunque no fuese sino por la única razón de haber sido pervertidos en algunos países para fines innobles. Que los católicos están en primera línea en ese movimiento, tal como lo han estado siempre a través de las edades (no recordamos los arsenales de cultura de la Edad Media), se ve claro en la reciente "Antología de versos de Revistas, de 1938 a 1942" publicada por Alan F. Pater".

Creemos poder afirmar con exactitud que **Canciones del Camino** es el primer libro de poesías originales que un sacerdote publica en Venezuela. Y a fe que esta primera salida es prestigiosa para las

letras y para la honrosa sotana sacerdotal que viste su autor.

El P. Luis E. Henríquez era, ántes de ahora, poeta bien conocido; sobre todo de los lectores de SIC, quienes al saborear no pocas de sus composiciones, presagiaban la obra en gestación que ahora se nos ha revelado.

Recordamos que hace tal vez unos diez años, antes de ir a estudiar en Roma el P. Henríquez, le oímos recitar en una academia familiar del Seminario Interdiocesano, una poesía que nos llamó gratamente la atención y en la que nos pareció ver señales de un gran poeta en ciernes. Al cabo de algún tiempo, las páginas de SIC empezaron a presentarnos, ya convertido en realidad tangible, lo que antaño fuera promesa halagadora. Al menudear cada vez más, en público, las composiciones del P. Henríquez, su nombre de poeta fué tomando relieves nada comunes. Pronto el volumen de poesías fué una exigencia, táctica, pero inaplazable, de los lectores amantes de la buena poesía. Y el poeta, —sin restar nada a su modestia y sencillez—, no ha defraudado a su público. Le ha brindado este manojo de "Cantares", verdadera miel sobre hojuelas.

Confesemos paladinamente que nos hallamos ante un gran poeta. Aún más; sin hipérbole exhibicionista diremos que se trata del primer poeta, en su género, que ha producido nuestra Patria.

En Venezuela hemos tenido, y tenemos, autores de sotana, que han rendido sano tributo a la poesía. Pero ninguno, que sepamos, (incluido el P. Borges), ha realizado una labor, de conjunto, tan igual y tan equilibrada, como la que ahora nos presenta el P. Henríquez. Obsérvese que sólo afirmamos un hecho, que enseguida constataremos. No nos referimos, en manera alguna, ni a las causas ni a las circunstancias de ese hecho; como tampoco a lo que otros poetas habrían podido ser.

"Cantares del Camino" es un libro eminentemente subjetivo; por ende, eminentemente lírico. Dentro de ese subjetivismo predomina el elemento religioso. Y en más de cuatro ocasiones, nos encontramos con verdaderas joyas del más sublime lirismo que seres humanos pueden producir en este mundo: poesías místicas.

El mérito más personal de Henríquez está en haber tirado por un camino casi

totalmente nuevo en nuestra poesía. No puede decirse que su poesía tenga entronque alguno con la de otros poetas venezolanos que le hayan precedido.

En cuanto a la forma, con ser un poeta novísimo, ha sabido hallar en los moldes tradicionales, —si bien usados dentro de una sana amplitud y libertad—, el ritmo y la métrica que más se adaptaban a la manifestación bella y total de sus sentimientos.

El alma del poeta se nos manifiesta como un arpa de bien templadas cuerdas, donde hallan vibración los más leves y sencillos motivos. Es un alma que, —posiblemente, sin caer en la cuenta de ello, — ha ido autobiografiando sus estados de alegría o de tristeza, de dolor o de consuelo, pero siempre dentro de un ambiente de completa paz y resignación cristiana. Diríamos que en estas poesías, el poeta nos da una lección práctica de conformidad total con las disposiciones de Dios que es tan justo y tan bueno cuando nos regala un entendimiento y una voluntad para conocer y amar la belleza, como cuando nos priva de la salud corporal en el momento en que más la deseábamos.

Por eso, estas poesías del P. Henríquez, aún las que se pudieran señalar como más impregnadas de dolor, de tristeza o de melancolía, no serán nunca poesías dañinas, amargantes, deletéreas, pues en todas se halla siempre el firme contrapeso de la frase que reanima el espíritu y que alienta el corazón:

*Señor de los que sufren te bendigo
por el rojo zarzal de mi amargura.*

*Señor de los que gozan, yo te canto
porque me hiciste olvidar el llanto!*

(“Gracias, Señor”, pag. 23).

*Señor, tú que sanaste el dolor del leproso,
Tú que puedes la angustia iluminar de gozo,
Tú que sabes de penas, pues quisiste sufrir
lo que nadie ha sufrido...*

acuérdate de mí...

(“Señor, si tú quisieras...”, pag 83).

Y el poeta va aprovechando los motivos más sencillos que pasan a su lado, para vaciar en ellos, como en un molde, o para decorar con ellos, las ideas y sentimientos que brotan de su alma buena y generosa. A veces **quiere ser como la fuente**; otra vez ve pasar **una muchachita pobre**, y le parece símbolo de su alma adolorida; más tarde al ver un **cardo seco**, pide al

Señor que haga florecer el cardo muerto de su alma.

Y en los símiles y metáforas con que exorna sus versos, véase igualmente al poeta sencillo que adapta motivos que en su soledad, y en sus meditaciones, saturadas de un ambiente sacerdotal, de Biblia y de liturgia, le han servido de manera admirable para crear un lenguaje poético personalísimo. El agua fresca, el cántaro roto, la cisterna vacía, la flor de los cardos, el vaso roto y sin perfume, el pozo solitario, la lámpara sin aceite, el ánfora o el vaso de barro, los nardos y los lirios; así como las espigas y el grano que tritura la molienda, o el remanso de agua que aprisiona estrellas, como peces de oro, y otras expresiones semejantes, ocurren a cada paso. Pero le es tan connatural al autor el uso de esas comparaciones, que ni se a manera por ello su estilo ni produce cansancio su repetición.

En nuestro sentir lo mejor de estos "Cantares" está en la sección titulada "De la vida profunda". Pero no por eso podríamos dejar de lado las tituladas "Rapsodias truncas" y "Motivos".

Si se nos preguntara si vemos alguna semejanza en la poesía de Henríquez con la de algún otro poeta anterior, diríamos que hay algo en ella que nos recuerda a Amado Nervo; pero entiéndase, al Nervo de las composiciones religiosas y del dolor contrito. Pero nuestro poeta es en todo caso menos rebuscado, más plenamente sincero en el modo de sus exclamaciones, y mucho menos paradójico en las expresiones.

En la composición titulada "Orate pro anima", (pg. 53), hay un gran dejo becqueriano. Ni es ésa la única que presenta dicha modalidad; pero en las otras se ve menos clara.

En "Ven, descansa" (pg. 62), sentimos el latido inconfundible de sonetos de Lope de Vega a Jesucristo.

Pero dejando a un lado posibles influencias, que en el caso de verdaderos poetas como el presente sirven para encarecer más sus méritos, queremos siquiera mencionar composiciones como "Déjame aquí" (pg. 20), "Señor, no tengo nada" (pg. 24), "Cartas de mi madre" (pg. 41), "Ciprés" (pg. 49), "Ven, descansa en mi tienda", (pg. 62), como algo de lo mejor logrado en un género de poesía que por

primera vez aparece en las letras venezolanas.

Es éste de un subjetivismo tan íntimo como candoroso; tan jugoso como sencillo; tan tierno sin melindres, como humano sin sensualidad.

Hallaremos composiciones tal vez algo flojas, de expresión menos exacta, o en las que aparecía algún exceso de metáforas. Pero no hay una sola que no se lea con agrado, y en la que el autor no haya puesto algo más que el mero trabajo de escribirla.

De intento hemos ido soslayando hasta aquí, — para ocuparnos de ello más despacio —, lo que a nuestro entender constituye, además y por encima de todo otro mérito —ya anotado—, el apunte de más valía que a las letras patrias trae el P. escribirla.

Lo diremos desde luego y sin rebozo: en "Cantares del Camino" se encuentra la mejor *poesía mística*, propiamente tal, que se ha escrito en Venezuela.

Es corriente, aún entre gente de letras, en Venezuela como en otros países, llamar *poesía mística* a toda *poesía religiosa*, sobre todo *cristiana*. No podemos detenernos ahora a deslindar conceptos, ni a explicar definiciones. (3) Bástenos dejar asentado que "para llegar a la inspiración mística, no basta ser cristiano, ni devoto, ni gran teólogo ni santo, sino que se requiere un estado psicológico especial, una eferescencia de la voluntad y del pensamiento, una contemplación ahincada y honda de las cosas divinas y una metafísica o filosofía primera, que va por camino diverso, aunque no contrario, al de la teología dogmática". (4).

Dicho se está que la *mística* a que hacemos referencia aquí, nada tiene que ver con la falsa e irreverente *mística*, tan propalada a principios de este siglo, que no es sino un monstruoso engendro de exclamaciones piadosas y frases sensuales: parodia profano-religiosa carente de toda inspiración verdadera.

(3) Quien desee conocer a fondo lo que es *poesía mística*, puede ver: M. Menéndez y Pelayo, "Estudios de Crítica Literaria", Primera Serie, pgs. 7-12, Tercera Edic. Madrid, 1927.

(4) Menéndez y Pelayo, op. cit., pg. 8.

"El sacerdote, el religioso para quien la vida es, como para el Apóstol, Cristo, no tiene fuera de este amor fundamental ningún otro amor capaz por sí de cautivar su corazón. Con cuanto goza o padece, con sus actividades todas, y, si hay en él alguna vena de canto, con toda la poesía que le brote del alma, no tiene más anhelo que el de amar y glorificar a Jesucristo. Y no será gloria de Jesucristo que sepan quienes jamás lo supieron que su amor divino puede llenar una vida y hacer palpi-

tar el pecho con igual o mayor ternura que cualquier amor profano?". "Y en efecto par quien vive de Jesucristo, no hay más alegrías plenarias que las de su presencia y secretas comunicaciones, como tampoco hay más congojas que las de sus ausencias y rigores, rigores por otra parte necesarios para la indispensable purificación antes de la intimidad de la criatura con Dios". (5) Hemos querido transcribir estas citas, para esclarecer de una vez, por todas, errores lamentables que al hablar de poesía mística suelen sin reparo cometerse.

La primera composición de la sección "**De la vida profunda**", se titula: "**A solas con mi Dios**", (pg. 79), y en ella se encuentran ya rasgos característicos que señalan el acercamiento íntimo del alma con su Dios, por medio del sufrimiento aceptado, no con mera resignación, sino con cariño generoso. Más adelante leemos "**Gozo en tu presencia**" (pg. 84), en donde el poeta ya se halla sumergido en el dulzor de su Dios:

*El claror de tus ojos misteriosos y graves,
la tibia suavidad de tus manos de seda,
el timbre de tu voz, silbo y requiebro,
reproche y esperanza, consolación y queja.*

(5) "Alma Adentro". Colección de poesías religiosas y místicas, por el P. Aurelio Espinosa Polit, S. J. Editorial Ecuatoriana, Quito, 1938. Pgs. 10-11.

El poeta ha levantado levemente el vélo, y deja que almas espirituales sepan algo de la presencia del Amor Divino. Y en "**Pastor Bonus**" (pg. 85), es la ovejita sumisa la que exclama:

*Qué suavidad de tu abrazo!
Qué regalada ternura
el calor de tu regazo!
Cómo trueca la amargura
en una íntima dulzura
la suavidad de tu abrazo.*

Y pasando ya de la unión externa con el Sumo Bien, de verlo presente, y sentirse en su regazo, llega el poeta a querer hacerse una misma vida con su Dios.

*Si me diste esta vida que no es vida,
estar de Ti alejado no es vivir,
déjame, pues, vivir tu misma vida
aunque de gozo tenga que morir.*

"Ite Missa est", (pag. 88)

"**Ite, Missa est**". pg. 88).

Y viene por fin el bello trístico, la **Glosa** (pgs. 90-92) exquisita a la letrilla de Santa Teresa "**Vivo sin vivir en mí**", que creemos puede satisfacer al crítico más exigente que pudiera aún dudar de la poesía mística de primera calidad del P. Henríquez. Dejemos al lector por sí mismo saborear gota a gota esos versos hechos más para el soliloquio ante el Sagrario, que para la disquisición fría de la crítica literaria.

Y aquí hacemos punto final, forzosamente. Una vez más repetiremos que desde hoy un nuevo astro brilla, con brillo nuevo y propio, en nuestro cielo poético.

Que siga el P. Henríquez el camino emprendido. Pequeños retoques de forma y alijeramiento de algunas metáforas recargadas, irán dando a su exquisito arte la gracia y la perennidad a que es acreedora su obra.

Pedro P. Barnola, S. J.